

EL AULA QUE ME ENSEÑO A ENSEÑAR

"La enseñanza que deja huella no se hace de cabeza a cabeza sino de corazón a corazón"

-Howard George Hendricks

Autora



CI: 10719274

Est. Vivian Alejandra Mamani Félix

Especialidad: Educación Inicial En familia Comunitaria
5to año

La realidad del aula en el nivel inicial es algo que verdaderamente no se aprende por completo durante la formación académica y que, cuando una se enfrenta a ella, cae como agua fría en el rostro. Niños con ritmos distintos de aprendizaje, interrupciones constantes, conductas desafiantes y los diferentes tipos de madres y padres de familia son situaciones para las que muchas veces no estamos preparadas. A raíz de esto nos encontramos con esta realidad surgen sentimientos como la inseguridad, el agotamiento emocional, las comparaciones con docentes más experimentados e incluso dudas vocacionales.

Con todos estos desafíos también cometemos errores dentro del aula: querer agradar a todos, ser demasiado permisivas, gritar, no poner límites o perder el dominio del grupo, sin embargo, durante mis prácticas educativas fui descubriendo que la mentalidad de una docente realista debe estar formada por vocación, estrategia, límites y criterio pedagógico. También comprendí que es necesario aceptar que no todo saldrá perfecto. Como dice Harry K. Wong y Rosmery Wong 1991: "El problema número uno en el aula no es la disciplina, es la falta de procedimientos y rutina", efectivamente, no se trata de castigar, gritar o ser demasiado estricta, sino de anticipar, organizar rutinas, dirigir, intervenir y acompañar. Todo esto no lo aprendí en un aula de la Normal, sino cometiendo errores, buscando soluciones y viviendo una realidad que muchas veces nadie te cuenta ni te prepara para enfrentar.

Durante mis prácticas fui descubriendo poco a poco lo que estaba haciendo mal y lo que sí debía hacer dentro del aula, comprendí la importancia de dar instrucciones claras, ya que el cerebro infantil procesa primero la acción principal. Solía decirles a los niños "No corras", sin

saber que cuando usamos una negación el cerebro primero imagina la acción. Por eso aprendí a reemplazar esa expresión por “Espacio”, y así fui descubriendo incluso la manera correcta de dirigirme a ellos.

También aprendí a sobrellevar la carga administrativa utilizando plantillas reutilizables, rúbricas adaptables, observaciones rápidas y registros simplificados, entendí que no debía improvisar materiales, correr para terminar una clase o aferrarme rígidamente a una planificación cuando esta no podía aplicarse ese día. De igual forma aprendí la importancia de saber siempre qué sigue después de cada actividad, tener un plan B cuando el plan A no funciona y dar valor a cada actividad planificada para lograr el desarrollo integral de los niños.

Otro aspecto importante fue aprender a trabajar con las madres y padres de familia, pues en el nivel inicial no solo trabajamos con las niñas y niños, sino también con sus familias, así es como durante este tiempo conocí distintos tipos de madres y padres. Está el padre defensor, que justifica todo y minimiza las conductas de su hijo; el padre ansioso, que pide información constantemente y teme que su hijo tenga dificultades; y el padre confrontativo, que cuestiona el trabajo docente y busca discutir. Frente a estas situaciones aprendí la importancia de mantener la calma, hablar con evidencias, ofrecer soluciones, establecer límites en la comunicación y trabajar siempre de la mano de la dirección y de la docente guía.

Asimismo, comprendí que una gran parte de nuestro trabajo consiste en resolver situaciones que aparecen todos los días dentro de la unidad educativa, accidentes, peleas entre niños, crisis emocionales, desobediencia y rabietas son situaciones que forman parte de nuestra realidad. Aprendí que cuando ocurre un accidente lo primero es mantener la calma, evaluar la gravedad, tranquilizar al niño, informar a la familia y realizar el respectivo informe.

También aprendí que hay frases que no ayudan, como decir “No pasó nada” o “No llores”. En cambio, es mejor acompañar al niño, validar lo que siente y hacerle saber que estamos ahí para ayudarlo, de igual forma, entendí que los conflictos entre niños deben manejarse escuchando a ambas partes, ayudándolos a regular sus emociones y recordando que ellos aprenden a resolver problemas observando cómo actuamos los adultos.

Finalmente, algo que aprendí y que ocurre con frecuencia en el nivel inicial son los berrinches o rabietas. Comprendí que es importante validar las emociones de los niños, ofrecerles alternativas y ayudarlos a tranquilizarse. Una estrategia que me dio buenos resultados fue el uso de técnicas de respiración, aunque parezcan simples, comprobé que realmente ayudan a los pequeños a recuperar la calma.

En este artículo quise compartir parte de la realidad que viví durante mis prácticas educativas y algunos de los aprendizajes que me dejaron estas experiencias, aprendí que la verdadera

competencia de una futura maestra de nivel inicial no se mide solo por lo que sabe, sino por la manera en que enfrenta y resuelve los problemas que surgen cada día dentro del aula.

Todavía me quedan muchas experiencias por vivir y mucho por aprender, pero estas prácticas me permitieron comprender que esta profesión es tan dulce como desafiante. No todo es jugar y divertirse; también implica enfrentar situaciones complejas, trabajar con niños de distintos ritmos de aprendizaje, manejar conductas difíciles, atender accidentes y relacionarse con diversas realidades familiares.

Es precisamente en ese contacto directo con la realidad donde una descubre su verdadera vocación y comprende el enorme valor y compromiso que implica ser maestra de nivel inicial. Cada experiencia, por difícil que parezca, se convierte en una oportunidad para aprender, crecer y fortalecer la práctica educativa. Por ello, solo queda continuar con los procesos de formación, seguir aprendiendo y no rendirse ante los desafíos que presenta esta hermosa labor. Tal como lo expresa Joseph Joubert (2012): "Enseñar es aprender dos veces".